

Ciges Aparicio: El periodista que empezó (mal) como militar y acabó (peor) como político

JUAN CANTAVELLA
Universidad Antonio de Nebrija

RESUMEN

Manuel Ciges Aparicio fue un periodista y escritor, siempre dispuesto a la denuncia de las situaciones injustas. Comenzó a escribir cuando se hallaba en el Ejército y una crónica suya contra la actuación del general Weyler en Cuba le llevó a una prisión militar. Aquella terrible experiencia, que se prolongó durante más de dos años, le hizo tomar conciencia de las opresiones que el poder produce. El resto de su vida lo dedicó a luchar por los principios republicanos, siempre solidario con los que sufrían. Perteneció al grupo de periodistas que constituyen la infantería de la generación del 98.

ABSTRACT

Manuel Ciges Aparicio was a journalist and writer, always willing to denounce unfair situations. He began to write when he was in the army, where he wrote a chronicle against general Weyler in Cuba which led to his military imprisonment. That terrible experience, which lasted over two years, made him aware of the oppressions that power produces. He spent the rest of his life fighting for republican principles and in solidarity with those who were suffering. He belongs to that group of journalists considered the foot soldiers of the Generation of 98.

La intensa y trágica vida del valenciano Manuel Ciges Aparicio estuvo movida por el constante afán de mejorar su país y su gente, lo que le llevó a un trabajo incesante y a sufrir penalidades sin cuento. Como militar se batió en Marruecos y en Cuba y tuvo que abandonar el ejército porque sus críticas a la actuación del general Weyler en la isla caribeña le valieron una desagradable estancia en una prisión militar. Como novelista denunció con ardor los males de su tiempo (la corrupción, la compra de votos, los abusos o la cerrazón pueblerina...). Como político tuvo la desgracia de ocupar en 1936 el Gobierno Civil de una provincia como Ávila, donde triunfó el Alzamiento, lo que le arrastró de inmediato ante un pelotón de fusilamiento. Como periodista..., como periodista algo más tendremos que decir, puesto que tal dedicación es lo que nos hace presentar su figura en estas páginas. Adelantemos que pasó por cien avatares y su pluma parecía que la mojaba en hiel, pero sólo era que amarga la verdad las más de las veces.

No pretendemos abordar aquí la entera contribución de Ciges Aparicio a la literatura y al periodismo (extensa, pese a que su vida fue más bien corta, 1873-1936). Sólo daremos algunas claves de su existencia, que nos ayuden a centrarnos en lo que nos importa: la digna y asendereada actitud que mantuvo respecto al grave conflicto con Cuba que vivió la nación española en las décadas finales del pasado siglo y que alcanzaron su clímax hace ahora cien años. Fue entonces cuando despertó a unas realidades punzantes y decidió no permanecer jamás indiferente ante los sufrimientos y las injusticias.

Manuel Ciges se alistó en el ejército a los veinte años y fue destinado con su batallón a Melilla, donde vivió la primera experiencia guerrera de forma tan provechosa que es ascendido a sargento. A luchar contra los insurgentes cubanos es llevado en 1896. Para entonces ya había publicado un artículo en el diario republicano *El País* en el que exigía un trato especial para aquellas tierras. Lo firmaba Escipión y apareció el 1 de enero de 1896 con el título «Pro autonomía»¹. La lectura de su contenido nos hace ver que había personas con una visión distinta y respetuosa, que no se dejaban llevar por la exaltación patriótica, sino que tenían muy en cuenta los legítimos intereses de un pueblo colonizado y, en parte, oprimido:

«¡Tristes noticias las que cotidianamente se reciben del teatro de la guerra! De un lado, cien mil hombres bien armados, con excelente espíritu mili-

¹ Años después destacará el hecho de que «el primer artículo que en la iniciación de la guerra pide en España la autonomía para las Antillas, se escribe en el cuartel» y que fue el director de *El País* el que buscó este seudónimo con una actitud humorista, pues era «demasiado pomposo para un sargento». Añade que «el periódico le daba albergue; pero no se hacía solidario» (1986 a). Su artículo es anterior a uno de Pi y Margall que exigía lo mismo y coetáneo de los varios que escribió Blasco Ibáñez, con el estilo populista que le caracterizaba, para pedir la retirada de nuestros soldados (artículos agrupados en las pp. 109-130).

tar; de otro, un número mucho menor, pero perfectos conocedores del país en que operan y teniendo por auxiliares eficacísimos la manigua inextricable, el miedo impuesto a los insulares, la tea incendiaria, la aleva dinamita y, en último término, las montañas de Oriente, donde se manifestó la insurrección y que puede servirle de postrer baluarte. Y allí quedan sepultados, como testimonio perdurable de esta fratricida contienda, diez mil hombres perdidos para sus padres, un país ayer espléndido y hoy yermo, la insurrección cada día más osada... ¡Parece que las Furias vengadoras, concitando las pasiones, se complacen en atizar el en Febrero leve foco, y que ahora, dilatándose, amenaza convertirse en incendio tan terrible como el pasado de los diez años!

Los extremos se tocan. El separatismo pretendiendo la independencia de Cuba, so color de engrandecerla, y el Gobierno con decidido empeño de ahogar en sangre la pretensión del primero, concurren en un punto común: hacer más desesperado el estado de la gran Antilla, produciendo su ruina juntamente con la de España.

Solución fácil de este sangriento conflicto, sería el reconocimiento de la autonomía administrativa de la isla. Así lo reconoce el país que no quiere la separación, pero reniega al mismo tiempo de una guerra que llena de duelo a tantos hogares.

Aspirar con las armas a lo que, sin deshonra, puede conseguirse por las artes de la paz, es insania. Si a los insurrectos se les llama antipatriotas y malos hijos por el fin que se han propuesto y los medios empleados, no con menos razón puede aplicarse análogos epítetos a los que con sus ambiciones y concupiscencias han sido causa eficaz de la insurrección.

Las luchas entre países unidos por estrechos lazos, como las luchas entre hermanos, por triste antinomia, resultan las más crueles: a prevenir las antes de estallar, o a conjurarlas cuando ya son inevitables, deben convertir los Gobiernos todos sus esfuerzos, cooperando con cuantas medidas justas demanden la necesidad y la razón. Hay que tener en cuenta que una colonia, siquiera se le dé el nombre de provincia, no es, no puede ser lo que una de esas partes en que la ley ha dividido el suelo nacional para su mejor régimen interno, o que cualquier accidente geográfico distinguen por leves diferencias de su inmediata. Cuando a la Metrópoli no satisface los Gobiernos que la rigen, acude a la revolución para establecer un cambio de instituciones; una colonia acude a las armas para hacerse independiente. Si por excepcional, la primera ha sufrido el desmembramiento de alguna parte de su territorio, a los reyes, con sus desvaríos, hay que culpar; a los pueblos, no.

No es, no, idéntico el sentimiento que la patria inspira a pueblos unidos por la raza, la tradición, la geografía y la historia, y aquellos que separa el Océano y distinguen la variedad de caracteres étnicos: en los primeros este sentimiento es 'directo', si vale decirlo así; en los últimos es 'reflejo'. El afecto que en espíritu debe unir a unos y otros tiene mucho de egoísta, nace de la reciprocidad de conveniencias. Por esta razón nadie considerará tan execrable a quien de España quiera separar Cuba, Puerto Rico o Filipinas, como a quien pretendiera hacer lo mismo con Andalucía o Aragón.

Y a la postre podremos vencer la insurrección, podremos luego mantener en Cuba un ejército permanente de veinticinco, de cincuenta mil hombres, dispuesto a ahogar en sangre cualquier conato de levantamiento en armas; pero lo que no podremos evitar, sin duda, es que acrezca el odio contra nosotros, que el laborantismo redoble sus trabajos en los Estados Unidos y en otros países americanos ni que a la corta o a la larga se reproduzcan las guerras, haciendo infructuosos el dinero y la sangre, ahora como antes empleados. Las heridas que en el corazón abren las armas tarde seguirán; el amor es más humano.

Pedir a la monarquía el reconocimiento de la autonomía de las colonias, es inocente, teniendo aún quien olvidando la transformación del esclavo de Aristóteles en hombre libre, echa de menos el látigo de cruel negrero. A la República está reservada la gloria de tal reconocimiento.

¡Quiera Dios que entre tanto no tengamos que deplorar la pérdida de alguna isla!»

Cuando llega a territorio cubano y se entera de las medidas que el general Weyler ha dispuesto para aislar a los separatistas (concentración de los campesinos en determinadas fortificaciones, según orden del 21 de octubre de 1896) se indigna por lo que considera un desprecio a la dignidad de los nativos, ya que la mala organización de tal operación provoca hambre y hacinamiento. Decide no callar ante el oprobio: a raíz de una visita que efectúa al campo de concentración de Mariel, escribe una crónica para el periódico francés *L'Intransigeant*, que dirigía un movimiento de ayuda en la línea señalada por el Comité Cuba Libre². Este texto es el que provocó el que fuera arrestado bajo la acusación de traidor. Llovía sobre mojado, puesto que ya conocían los jefes su escasa voluntad de someterse ciegamente al mando, por otros enfrentamientos que había protagonizado con anterioridad³.

Lo curioso del caso es que todos los investigadores que se han ocupado de la obra periodística de Ciges aluden a dicha crónica, pero parece que nadie ha

² El presidente del Comité y redactor jefe del periódico es Henri Rochefort. Con éste entró en contacto a través de un individuo, llamado Roig o Vives, al que se refiere en sus libros, a veces sin recordar el apellido exacto.

³ En la novela autobiográfica *Del cautiverio* reproduce las amistosas recriminaciones que le dirige un compañero sargento: «En seguida empezó a abominar de los periódicos y de mis temeridades, que habían de tener un mal fin. Me recordó una por una mis antiguas rebeldías; los insultos que en plena formación dirigí a un capitán; los sueltos que había escrito en la prensa de Barcelona contra un teniente coronel apaleador de soldados. No ignoraba que antes y después de ir a Cuba, también había escrito contra la campaña; que en áspera forma me negué a cumplir órdenes que juzgaba inhumanas. Y aquella conducta antimilitar, aquel sistema de rebelión constante, por fuerza tenía que rematar en un calabozo» (p. 132). Cuando estaba destinado en Manresa logró meter el miedo en el cuerpo a un teniente coronel, quien había propinado una paliza a un soldado, a base de contar lo sucedido en los periódicos republicanos *La Montaña*, de aquella ciudad, y *El Diluvio*, de Barcelona.

dado con ella. Hubiera sido interesante conocer el tono de su diatriba y, por supuesto, la descripción que realizaba de lo que había podido contemplar, porque ello nos hubiera sido de utilidad para formarnos una idea de la actuación de los españoles en aquellas tierras y, más en concreto, de la forma como ejerció el mando el general Weyler⁴. Más curioso todavía es que firmara con su nombre un texto tan crítico, mientras vestía el uniforme militar. En la campaña que orquesta en Barcelona contra un superior tuvo el buen juicio de no utilizar ni siquiera sus iniciales, con lo que no pudieron identificar al denunciante, puesto que lo hubiera pasado muy mal en caso contrario. El artículo que hemos reproducido antes se atribuye cautamente a «Escipión». ¿Pensaría que una publicación en el extranjero no llegaría a manos de sus jefes en la lejana Cuba o que era imposible la sospecha de que tales apellidos correspondían a un suboficial destacado allí?

Las consecuencias de aquella crítica iban a resultar fatales para el sargento Ciges, ya trasmutado desde tiempo atrás en periodista o, al menos, en persona que no abdica de su derecho a expresarse libremente en los medios de comunicación, por muy militar que fuera. En el relato que compone con el título *Del cautiverio* se refiere repetidamente a esta crónica y hasta el juez se espanta, cuando le toma declaración, por la arriesgada y pasional defensa que hace de su posición: «Yo soy un militar por la fuerza, que desprecia al ejército y odia las guerras. Fusíleme usted si quiere; pero no fusilará mis convicciones. He escrito lo que he sentido, y prefiero faltar a los deberes militares, que nada me importan, a dejar de cumplir con mi conciencia» (1985 a, p. 188).

En el mismo libro se detallan las vejaciones inicuas que recibe en el tiempo que permanece arrestado, sobre todo en la prisión militar de La Cabaña. Ciges insinúa en *Del cautiverio* que el trato desconsiderado que los mandos del Ejército le dedican o la tardanza insufrible con que la justicia militar trata su caso es consecuencia de la mala voluntad del general Weyler, ofendido por la denuncia periodística que lleva a cabo de sus actuaciones. Pudo ser así, pero el caso es que no hay ninguna referencia a Ciges en los escritos del capitán general y tampoco se le menciona en las dos biografías que conocemos del militar. «No valen los veinte meses de prisión el artículo que escribí», se lamenta (1985 a, p. 413)⁵.

⁴ En *Del cuartel y de la guerra* describe las consecuencias de la reconcentración: la fiebre amarilla, el hambre... «Niñas de diez o doce años se rinden, inocentes y pasivas, por lo que quieran abonarles». Frente a tanta miseria Weyler pasa revista, majestuoso, a sus tropas. Detrás de él van los periodistas de Madrid y de La Habana: «Por primera vez veo a Morote, risueño, elegante, retorcido el bigote, siguiendo de cerca al capitán general». Después se pone en marcha la columna, pero «los periodistas se quedan», ya que «el caudillo no permite que sean testigos en el interior de la trocha». Mientras tanto, Ciges anota que ha enviado una crónica a *L'Intransigeant*: «Me las prometo muy felices» (Cap. XXII).

⁵ En realidad fueron veintiocho meses: veinticuatro en La Habana y cuatro en Barcelona, a la espera de que se materializara el indulto, porque la sentencia judicial le condenó a más de cuatro años de prisión. Cuando años después Morote le pregunta qué hizo para recibir este trato, le

Su narración no se limita a la queja por su situación personal, sino que dibuja un lacerante fresco sobre las condiciones en que se desarrolla la vida en aquel centro penitenciario, donde los sometidos a la jurisdicción militar sobreviven —los que no fueron fusilados en cumplimiento de una sentencia de muerte o acuchillados por sus propios compañeros, entorpecidos por el alcohol o su propio miedo— en unas condiciones de promiscuidad, deterioro y embrutecimiento inenarrables. Antes de publicar el libro, primero de una serie de cuatro que describen la etapa inicial de su vida adulta, la terrible experiencia fue contándosela a los lectores del semanario *Vida Nueva* en veinte entregas (entre agosto de 1899 y marzo de 1900) y en folletón del diario republicano *El País* (cincuenta y nueve entregas entre marzo y septiembre de 1903).

El nacimiento de la narración *Del cautiverio* es más periodístico que literario⁶, pues el origen está en esa especie de crónicas o artículos que va componiendo para sus recientes lectores de *Vida Nueva*, que reflejan su experiencia personal en Cuba, cuando las heridas de los españoles por esta pérdida aún se encuentran en carne viva. De ahí derivará el proyecto literario de ofrecer las vivencias y huellas que ha dejado en él su paso por el presidio, el hospital, el cuartel y el periódico. Para ello tiene que alterar la relación cronológica, puesto que el hospital es lo primero que vivió y, sin embargo, llega después de lo que más impacto causó en su existencia: los meses que transcurrieron con una pena de muerte pendiendo sobre su cabeza por fuerza tenían que alterar fuertemente su sensibilidad. Está claro que en un principio no proyectó tal cuatrilogía, sino que se lanzó a escribir los recuerdos de La Cabaña y de ahí se desprenderá todo lo demás.

Por la edad y las preocupaciones intelectuales se podría adscribir a Manuel Ciges entre los escritores de la generación del 98, aunque no tenga la misma altura literaria que aquellos que han alcanzado un mayor reconocimiento, lejos por tanto de Unamuno, Valle-Inclán, Baroja o su cuñado Azorín (estaba casado con Consuelo Martínez Ruiz). No hay que pensar que aquel conjunto está compuesto únicamente por las grandes figuras ni minimizar las aportaciones de una serie de periodistas que constituyen la clase de tropa del grupo: éstos derrochan inteligencia y preocupación por la España de su tiempo, pero los libros que logran componer salen de los escasos restos que les deja libre su tarea diaria y las

responde: «Todavía no lo sé... Escribí un artículo censurando al capitán general y me acusaron de alta traición... Me salvé en una tabla de que no me fusilaran...» Y el comentario del periodista del *Heraldo de Madrid* es complaciente y paternal: «Y eso lo decía aquel ser físicamente tan insignificante sin dar importancia al hecho, como la cosa más natural del mundo, sin darse aire de víctima, volviendo a coger las cuartillas para endilgar unas cuantas crudas lindezas al gobierno actual» (p. 151).

⁶ Trapiello juzga que «es un relato en el que la literatura queda a un lado ante lo espectacular del reportaje» (p. 323).

ideas que allí consignan es lo que logran rescatar de esas píldoras cotidianas que entregan a sus lectores. «De la misma manera que podemos decir que los grandes escritores del novecientos habían llevado la literatura al periodismo, los menores, pensemos en Bueno o en Ciges, se caracterizaron por llevar el periodismo a la literatura», escribe Trapiello (p. 322).

Sobre este aspecto el juicio de Arribas sobre Ciges se sitúa en una línea similar: «Estas tres constantes de su obra —biografía, periodismo y compromiso político—, que al principio le valieron una buena acogida en los ambientes literarios, pronto jugaron en su contra, a medida que se iba imponiendo una literatura menos comprometida y más ‘deshumanizada’ (...). A la larga, sirvieron también para que Ciges fuera quedando relegado como figura menor, al margen de las sucesivas nóminas que se iban confeccionando: 98, Novecentismo, etc (...) En los últimos años se reivindica su figura y se considera su obra como ejemplo de otro 98, menos intelectual y trascendente, pero más próximo a los problemas de la España de su tiempo» (p. 11).

Por su parte, Cansinos-Asséns asegura que «puede figurar Ciges Aparicio entre los hombres del 98; pero se diferencia radicalmente de ellos en el hecho esencial de que frente a la realidad española no ha sido nunca el profesor o el filósofo, sino el hombre que ha vivido esa realidad y ha tenido que luchar con ella en circunstancias muchas veces dramáticas y cuya literatura es como la sombra proyectada por su acción». Para Cecilio Alonso, «Ciges, genuino intelectual del noventa y ocho, no se había refugiado, como otros compañeros de sueños y fatigas, en lucubraciones trascendentes sobre el ser de España; más bien se había aplicado a observar irónicamente con voluntad de denuncia, las contradicciones y abusos que germinaban en los grupos hegemónicos de la restauración».

Ciges Aparicio, como buen periodista, contempla la vida con la pluma en la mano, mientras trata de describir lo que desfila ante sus ojos, pero sobre todo mientras trata de corregir cuanto de defectuoso y malintencionado lleva aparejada la marcha de la humanidad. Y esa acción la lleva a cabo a través de los textos periodísticos y literarios, pero también de los que participan de una y otra realidad, como es esa obra que juzgamos básica para comprender su etapa cubana, *Del Cautiverio*. Allí aparecen situaciones de aquellas que, con frecuencia, tratamos de ocultar: los periodistas porque nos puede la superficialidad y espanta la podredumbre; los narradores porque se encuentran dominados por la estética y tanta sordidez espanta a unos lectores que prefieren el relato amable sobre lo fétido.

Pero es que Ciges está condicionado por sus comienzos en la escritura, cuando el llevar sus textos a los periódicos no es simple distracción ni deseos de sobresalir, sino pura necesidad: está viendo injusticias a las que no puede mostrarse indiferente. De ahí se desprende ese tipo de narrativa que practicará

siempre, la que Arribas califica de «testimonio y denuncia». Quizás tenía el convencimiento de que la prensa era la única aliada que podía encontrar, a pesar de todos sus pecados, corrupciones, banalidades y encubrimientos, como bien pone de manifiesto en *El libro de la decadencia. Del periódico y la política*.

La injusticia no solamente la aprecia, distante y dulcificada, en los demás, sino que la sufre en carne propia. Si no hubiera estado suficientemente convencido, la experiencia por la que atraviesa en La Cabaña habría constituido todo un revulsivo, de esos que vuelven a uno del revés. A Ciges le ocurre como a Eugenio Noel, que sus comienzos como escritor se hallan marcados por esta temprana vivencia. Noel fue a la cárcel por el contenido de su libro *Notas de un voluntario* (1909) sobre la campaña de Melilla, mientras que nuestro autor lo fue por una crónica de la guerra de Cuba, y su paso por el presidio acentuaría en él la inclinación a contar lo que le es dado contemplar y sufrir, y lo hace tanto a través del periodismo, como por medio de la literatura.

Ya nunca será insensible a estas realidades y cada escrito en uno de los múltiples periódicos en los que trabajó o colaboró llevan una cebada carga de profundidad. Lo mismo ocurre con sus novelas o ensayos, que no los motivan alardes esteticistas, sino el deseo de fustigar una sociedad cuyos defectos conocía como pocos y a cuya erradicación quería coadyuvar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Cecilio (1986): «Una recuperación difícil», en el suplemento *El País/Libros*, 16 de enero, p. 3.
- ARMIÑÁN, Luis de (1946): *Weyler*. Madrid: Editorial Gran Capitán.
- ARRIBAS, Jesús (1984): *Ciges Aparicio: La narrativa de testimonio y denuncia*. Madrid: Novecientos.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1978): *Contra la restauración. Periodismo político 1895-1904*. Compilador P. Smith. Madrid: Editorial Nuestra Cultura.
- CANSINOS-ASSENS, Rafael (1982-1995): *La novela de un literato*. 3 vols. Madrid: Alianza Editorial.
- CANTAVELLA, Juan (1998): «La investigación profunda en el origen del reportaje», en *Estudios de Periodística VI*. Vigo: Facultad de Ciencias Sociales.
- CARDONA, Gabriel, y LOSADA, Juan Carlos (1997): *Weyler, nuestro hombre en La Habana*. Barcelona: Planeta.
- CIGES APARICIO, Manuel (1985a): *El libro de la vida trágica. Del cautiverio*. Edición de Cecilio Alonso. Alicante: Caja de Ahorros de Alicante y Murcia/Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (primera edición, 1903).

- (1985b): *El libro de la vida doliente. Del hospital*. Edición de Cecilio Alonso. Alicante: Caja de Ahorros de Alicante y Murcia/Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (primera edición, 1906).
 - (1986a): *El libro de la crueldad. Del cuartel y de la guerra*. Edición de Cecilio Alonso. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (primera edición, 1906).
 - (1986b): *El libro de la decadencia. Del periódico y de la política*. Edición de Cecilio Alonso. Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert (primera edición, 1907).
- MOROTE, Luis (1904): *Pasados por agua*. Prólogo de Vicente Blasco Ibáñez. Valencia: F. Sempere.
- TRAPIELLO, Andrés (1997): *Los nietos del Cid*. Barcelona: Planeta.
- WEYLER, Valeriano (1910): *Mi mando en Cuba. Historia militar y política de la última guerra separatista*. 5 vols. Madrid: Felipe González Rojas.